

SOBRE EL TÉRMINO Y EL CONTENIDO DE LA PREHISTORIA¹

Juan A. Santos Velasco

Universidad de La Rioja

RESUMEN: La primera cuestión que debe abordar el prehistoriador es cuál es el contenido de nuestra disciplina, que oscila entre el positivismo descriptivo y el análisis de los procesos de cambio de las formaciones sociales propias de aquel período. Formas de acercamiento a la Prehistoria que dependen de la Teoría y la Metodología por las que optamos en la investigación.

RESUMÉ: La première question qu'un préhistorien doit répondre est justement quel est la matière de sa discipline et comment aborder son étude. Ce-ci peut varier entre un approche descriptive et l'analyse des procès de changement économiques et sociales des groupes humaines préhistoriques. Ces rapproches si divers sont liés à la méthodologie et la théorie des sciences sociales que nous avons choisi d'abord.

De acuerdo con la historiografía tradicional la Prehistoria se define como la Historia de la Humanidad desde sus orígenes hasta la aparición de los primeros textos escritos, debido a lo cual su fuente documental esencial es la Arqueología. Según la tradición francesa podemos distinguir, al final de este extenso espacio de tiempo, un momento que se denomina Protohistoria, cuando estudiamos poblaciones que, aun siendo ágrafas, son mencionadas por los textos de otros pueblos contemporáneos o conocen la escritura, pero ésta no ha sido todavía descifrada (LEROI GOURHAN, 1988: 899).

Esta concepción ha sido moneda de uso corriente y sigue vigente en ciertos sectores de la vida académica tanto dentro como fuera de España, aunque como algo casi residual, pues el desarrollo epistemológico de nuestra ciencia ha ido imponiendo retoques e imprimiendo, unos más que necesarios, giros renovadores, habiendo llegado algunos autores incluso a poner el criterio *escritura* bajo sospecha, tildándolo de burda manipulación política, racista, en la que se enfrenta lo civilizado y alfabetizado a lo analfabeto, ignorante y primitivo (MOBERG, 1987: 194).

1. Este artículo recoge elaboraciones conceptuales de autores diversos así como algunas reflexiones personales sin la pretensión de llegar a conclusiones definitivas. Trata de exponer distintas opciones teóricas sobre temas cuyo debate hoy podemos considerar zanjado, y otros cuya discusión comienza ahora, y que surgieron durante la elaboración de la tesis doctoral y, más tarde, en la del proyecto docente.

Podemos aceptar en una primera aproximación que aquellos criterios continúan siendo válidos, al menos en parte. Pero en el momento en que profundizamos mínimamente en esta cuestión, con objeto de dar una orientación a nuestro trabajo, nos hallamos ante una enorme riqueza y diversidad de pareceres, ante muy distintas ópticas que nos muestran la enorme complejidad de un problema con innumerables preguntas subyacentes que a medida que se van contestando abren nuevos interrogantes.

No es necesario salir de nuestro país para encontrar algunas reflexiones para dotar de un nuevo contenido al concepto de Prehistoria, más adecuado a su actual desarrollo como conocimiento científico. Chapa Brunet, en una reciente obra de divulgación (1993: 6), califica de desafortunados ciertos usos que se hacen del término pues es evidente que, según sus propias palabras, *tan histórico es el desarrollo humano anterior a la escritura como el posterior*. Según esta autora, *la finalidad de la Prehistoria es la misma que la de la Historia: interpretar los hechos del pasado de forma que puedan determinarse los mecanismos que rigen el comportamiento de las distintas sociedades*. No se prescinde de la escritura como criterio, pero sí se arroja con ciertos atributos que es preciso mencionar:

“Los estudios prehistóricos abarcan desde las sociedades más sencillas a las comunidades que se estructuran de forma jerárquica, pero que apenas han desarrollado sistemas comunicativos y de administración como la escritura” (1993: 4).

Aunque esta investigadora no abandona la existencia, o no, de fuentes literarias para distinguir a una comunidad *prehistórica* de otra *histórica*, no considera la escritura como el aspecto esencial, sino como uno más y de carácter secundario. Se trata de un rasgo cultural, entre muchos otros, que aparece en el seno de las sociedades complejas. Se va más allá de la concepción de la escritura como mera fuente para la obtención de datos, añadiéndole un valor de *administración* que le proporciona otras connotaciones, al suponer que sólo ciertos grupos sociales que han alcanzado un alto nivel de complejidad son capaces de desarrollar aquel elaborado sistema de comunicación. Habría que entender esta circunstancia en el conjunto de las nuevas necesidades de orden económico, social, político y religioso que surgen con la aparición del estado. Al fin y al cabo, en nuestro ámbito europeo y próximo-oriental, la escritura aparece, por lo general, como un epifenómeno del proceso de génesis y consolidación del estado antiguo.

Precisamente, otros investigadores proponen el surgimiento del estado como criterio, pues sería la institución estatal la más expresiva del proceso de transformaciones de toda índole que separan a las comunidades prehistóricas de las históricas (PLACIDO, ALVAR, y GONZALEZ WAGNER, 1991: 150). Ahora se introducen atributos de carácter socio-económico, político, e incluso jurídico si tenemos en cuenta que, para algunas corrientes historiográficas, para que exista el estado es necesario que exista un *Corpus* legislativo escrito.

De acuerdo con esta propuesta, el problema con que nos encontraríamos es el del establecimiento de la línea divisoria entre las sociedades estatales y las preestatales, ya que el concepto de estado varía no sólo según las escuelas, sino que se dan diferentes puntos de vista dentro de las mismas. Hemos de tener en cuenta también que el proceso de transformaciones que se da en una comunidad preestatal hasta el surgi-

miento del estado en su seno es largo, complejo, y plagado de situaciones intermedias, difíciles de aprehender a través del registro arqueológico, dado el carácter parcial de la información que proporciona. Circunstancias que nos llevarían a replantear el concepto de Protohistoria, para convertirla en aquel momento en que se produce la transición de la comunidad primitiva tribal a otra dotada de un sistema de organización estatal.

El uso del rasgo *estado* para señalar el final del momento de la Historia del Hombre que denominamos Prehistoria es muy sugerente y, probablemente, haya que profundizar en esta idea. Desde luego si optamos por ella, lo que se haría imprescindible es que cada autor expusiera antes de nada cuál es su concepto de lo *estatal* para, a partir de ahí, marcar el punto de inflexión que separa a una comunidad prehistórica de otra que no lo es.

Otros autores han dado prevalencia a la Antropología cultural definiendo nuestra disciplina como la Antropología global de las culturas desaparecidas (MARTINEZ NAVARRETE, 1989: 3). Aceptación que cuenta con un profundo arraigo en la arqueología americana y que ha dado lugar a la aparición de la *New Archaeology*, cuya impronta en el desarrollo de la investigación prehistórica es bien conocida por todos.

A la vista de lo expuesto, los entresijos del actual concepto de nuestra disciplina sólo podemos explicarlos recurriendo a una visión historiográfica sobre las pautas generales en las que se ha movido el debate sobre qué son la Arqueología, la Historia y la Antropología.

I. Sobre el nacimiento de la prehistoria y la arqueología como ciencias

I.a. Arqueología frente a Prehistoria.

El concepto de *Arqueología* nace ligado al de *Arqueología clásica*, más concretamente, a una particular concepción de la misma: los planteamientos de la Historia del Arte clásico grecorromano. Algo a todas luces anómalo que, sin embargo, ha permanecido vigente hasta hace muy pocas décadas, cuando diferentes circunstancias han permitido deslindar los objetos de estudio de estas tres materias diferentes, aunque relacionadas entre sí.

Las razones para que aquella asimilación fuera posible se hallan en que el uso del término Arqueología surge unido, tal vez no en la teoría pero sí en la práctica, al anticuariado y al coleccionismo de antigüedades de la Grecia y Roma clásicas. Arranca del arraigo del humanismo renacentista de la Europa de fines del siglo XV y XVI, imbuido por una corriente de pensamiento fuertemente mediatizada por el descubrimiento de la antigüedad romana y que recoge una tradición que ya se conocía en los ambientes helenístico y romano: ciertas formas de coleccionismo público y privado.

El siglo XVIII será fundamental en el desarrollo de la disciplina. Se excavan Pompeya y Herculano, se dan las primeras instrucciones para la recuperación de los monumentos y hallazgos arqueológicos y, con la liberalidad del pensamiento ilustrado, surge el concepto moderno de Museo y de coleccionismo público, abriéndose las primeras instituciones de este tipo: el Británico en 1758 y el Louvre en 1793 (ver HERMANDEZ, 1994: 14-54).

Figura clave de este período es Winckelmann, quien va a marcar durante años el devenir de los estudios de Arqueología. Es a él y a sus seguidores a quienes debemos que aquella postura que entendía la Arqueología como la Historia del Arte griego y romano pase a tener un refrendo teórico, gracias al cual esa afirmación quedará firmemente asentada en la investigación durante décadas. Aquel refrendo vino dado al adoptar, el autor alemán, un criterio por el que reconocía una *Estética absoluta* con la que establecer las bases evolutiva y cronológica generales de la obra de arte antiguo.

Si bien estos principios están obsoletos hay que reconocer que aquel estudioso fue el primero en abordar un enfoque de conjunto del Arte Antiguo, que trascendiera de la mera erudición (BIANCHI-BANDINELLI, 1982: 18).

El desarrollo imparable e implacable de la ciencia ha permitido la superación de los presupuestos winckelmannianos, aunque en algunos lugares hayan llegado con pocas variantes hasta nuestros días. Prueba de ello es que en algunos *campus* universitarios se contraponen los términos Prehistoria-Arqueología como si la primera estudiara las culturas más antiguas de la humanidad, caracterizadas por el desconocimiento de la escritura, mientras la segunda estudiara las culturas antiguas. Y se comprueba al observar que en buena parte de los Planes de Estudio de las universidades españolas la asignatura *Arqueología* se entiende como una introducción a la arqueología del mundo antiguo. Algo que afortunadamente está cambiando con la aplicación de las nuevas titulaciones, por lo obvio de que aquella contraposición Prehistoria / Arqueología es a todas luces falsa, al quedar obviado el problema central: ambas se basan en una metodología común, siendo la Arqueología la fuente documental esencial para la construcción de la Prehistoria. La realidad de la ecuación *Arqueología* igual a *Arqueología del mundo antiguo* no se sostiene, pese a las reticencias de algunos, y se percibe en los nuevos planes de estudio de Historia donde la asignatura *Arqueología*, según el B.O.E., ha de adecuarse al "*estudio general de la Arqueología como método del conocimiento histórico en sus diversos aspectos*" (QUEROL y MARTINEZ, 1996: 343; QUEROL, 1997).

I.b. Aparece el término Prehistoria.

La Prehistoria nace de la mano de la Geología, las Ciencias Naturales, marcadas por el fuerte ambiente evolucionista de fines del siglo XIX heredado del darwinismo, el afán coleccionista de los grandes museos, los comienzos de las historiografías nacionales y una larga lista de condicionantes cuya amalgama ha terminado provocando no pocos debates sobre cuál es su objeto de estudio.

Según Clermont y Smith (1990), el primero en utilizar el término *prehistórico* es el francés G. d'Eichthal en un escrito de 1845 para la Sociedad Etnológica de París, titulado *Etudes sur l'histoire primitive des races océaniques et américaines*. El título del trabajo y el nombre del lugar en que se presentó nos traen de inmediato a la mente algunas de las discusiones de fondo que están teniendo lugar ahora mismo. Por una parte, la carga antropológica es evidente, se habla de *primitivo*, *raza*, y el estudio atiende a pueblos primitivos actuales y desaparecidos. Por otra parte, el papel se presenta en una sociedad *Etnológica*, empleándose sin embargo también el término *historia*.

Esta mezcla que aglutina Historia, Etnología, razas y pueblos primitivos actuales y desaparecidos en un todo es impensable a estas alturas, en los términos en que se entendía entonces. Hemos de apreciar esto como un producto de la época, tratando de aproximarnos a la situación de las Ciencias Sociales hacia 1845. Aquel es un momento en el que mientras los estudios *históricos* cuentan con una larga tradición positivista narrativa, pero tradición al fin y al cabo, la Etnología y la Antropología están dando sus primeros pasos, y la Prehistoria se puede decir que no existe todavía. Sin embargo, es conveniente destacar que nos hallamos ante una de las claves de algunos de los problemas con los que nos topamos en la actualidad, ya que a fines del siglo XX estamos empleando un término, *Prehistoria*, que se acuña hace siglo y medio en un complejo entramado de ambigüedades, propio de una época en que se está empezando a descubrir que la antigüedad del Hombre va más allá de lo que cuenta la Biblia, y cuando otras ciencias implicadas con nuestra disciplina como la Arqueología y la Antropología se encuentran en un estadio de desarrollo muy incipiente.

Otra cuestión que señalan Clermont y Smith (1990: 98) es que Mortillet, treinta años después, en 1875, rechaza el término *Antehistoria* como sinónimo de *Prehistoria*, dado que aquel podría entenderse como algo que está opuesto a la Historia, cuando lo que se quiere definir en esos años y hace Mortillet es "el período de tiempo que ha precedido a los documentos históricos, es decir a los documentos escritos". Momento que pasa definitivamente a denominarse *Prehistoria*.

Esta es otra de las claves para entender los debates actuales sobre el carácter de nuestra disciplina. La gran escuela de prehistoriadores franceses del último cuarto del siglo XIX admite que *Prehistoria* es un término más adecuado que *Antehistoria*, porque no se trata de oponer el pasado más remoto del Hombre a la *Historia*, pero sí de señalar que ese remoto pasado es *anterior* a la misma. En aquel momento esta afirmación pudo estar clara, pero en la actualidad es una flagrante contradicción. Lo que se propuso es que la Prehistoria no estaba opuesta a la Historia (luego es Historia), pero era anterior a ella, ya que es el momento cronológico y cultural previo a la misma (luego no lo es). Parece un juego de palabras pero enmascara una falta de definición que no se puede reprochar a aquellos primeros estudiosos para los que la *Historia* es una forma narrativa de acontecimientos que sucedieron en el pasado y que se rescatan a través de las fuentes literarias, pero no de la documentación arqueológica que carece de la categoría de documentación *histórica*. Aquel período remoto de la humanidad que se está comenzando a descubrir se caracteriza porque su reconstrucción se realiza a través de la Arqueología, sin documentos escritos, los únicos documentos *históricos* en la concepción decimonónica, de lo que se deduce que no es *Historia*, sino algo *anterior*, Pre-historia.

Ante las palabras de Mortillet surgen varias interrogantes sobre las que, en principio, todos o casi todos estaremos de acuerdo: ¿los únicos documentos históricos son los escritos? En consecuencia, ¿la Prehistoria tiene como objeto de estudio los momentos anteriores al desarrollo de la Historia, entendiendo ésta como el período para el que contamos con fuentes literarias? Por tanto, ¿la Prehistoria no es Historia? ¿Sólo es histórico, en el largo pasado del Hombre, aquello para lo que contamos con fuentes escritas? Si esto es así, ¿por qué la escritura continúa siendo, para muchas escuelas y profesionales, el criterio esencial para delimitar Prehistoria e Historia?

I.c. Una de las alternativas actuales: Prehistoria-Historia.

Clark, en el prefacio de la tercera edición inglesa y primera española de su obra *La Prehistoria* (1977, 1981: 21), escribe que la palabra *prehistórico* pese a resultar útil para designar un período respecto del cual no se dispone de registros escritos sino en su última fase es lamentable, pues el desarrollo de la Historia es continuo, lo único que ocurre es que diferentes partes de él deben leerse con diferentes medios. La Prehistoria no es un antecedente de la Historia, sino que forma parte de ella.

Con anterioridad, otro autor anglosajón, Daniel mencionaba que *Prehistoria* es un nombre convencional nacido a mediados del siglo XIX para definir algo anterior a lo que en la época se consideraba *histórico*, de la Historia Antigua en adelante. Y remarca su opinión al señalar que no hay ninguna interrupción en la Historia del Hombre desde sus orígenes (1960, 1968: 13).

En nuestro país, en obras generales como el manual de *Prehistoria* de la editorial Nájera (CANO *et alii*, 1984: IX), donde se atisban los primeros síntomas de cambio que afectarán a nuestra disciplina durante la década de los ochenta, se indica que la Prehistoria es una ciencia *histórica* en cuanto que “pretende la reconstrucción histórica de la humanidad”; y se insiste en el carácter artificial de la división entre época histórica y prehistórica, de acuerdo con una base metodológica, la contraposición fuentes escritas / fuentes arqueológicas.

Más recientemente y en un artículo específico, Esparza (1996: 25) señalaba:

“...sí hay que insistir en que los datos y entidades arqueológicas no son de naturaleza histórica. Su conversión en entidades históricas deberá afrontarse como paso previo a una investigación orientada hacia unos objetivos históricos y que utilice, como elementos de referencia, las diversas formaciones históricamente conocidas, para confrontarlos con los datos existentes. Una investigación de tal naturaleza, ¿no es lo que denominamos Prehistoria?”

La primera frase de este párrafo puede ser objeto de discusión, pero se acierta de lleno en el planteamiento de la naturaleza de los datos y las fuentes históricas y en qué momento podemos considerarlos como tales: cuando se dirigen a *una investigación orientada hacia unos objetivos históricos y que utilice, como elementos de referencia, las diversas formaciones históricamente conocidas*. Sobre esta base, los datos arqueológicos tienen la misma categoría como fuente que un manuscrito medieval, aunque tienen otra naturaleza, otra metodología de lectura y proporcionan datos con un menor grado de precisión y detalle.

I.d. Se puede argumentar una posición ¿extrema?

Incluso esa última afirmación puede no ser válida desde el punto de vista historiográfico por ocultar una parte de la realidad. Los análisis de pólenes o los de cronología absoluta tienen un grado de certeza semejante al que pueda tener un legajo. La aplicación de las matemáticas y la estadística nos está proporcionando una nueva categoría de datos arqueológicos con un alto grado de certidumbre. Podemos, asimismo, preguntarnos si las fuentes antiguas y medievales no están llenas de errores y deformaciones del pasado, muchas veces hechas de una manera consciente, debido

a la mezcla con que se nos presentan, la *realidad* con pasajes míticos o con grandilocuentes mentiras que buscan la legitimación del poder. Cuál sería nuestra opinión sobre los pueblos prerromanos europeos si la arqueología no hubiera refutado muchas de las tergiversaciones del aparato de propaganda oficial romano sobre ellos. Qué grado de *objetividad* contiene la crónica de un reinado del siglo XIV o el libro de un historiador del XVII si sólo transcribimos lo que cuenta sin hacer una pormenorizada crítica historiográfica del autor, su entorno y su momento, para deslindar lo *real* de lo *ficticio*. ¿Ese tipo de narraciones es más *objetivo* o más *histórico* que una secuencia estratigráfica o el conjunto de tumbas de una necrópolis? ¿Qué razones nos inducen a dar la categoría de *histórica* a la historiografía positivista, meramente narrativa, propia del siglo XIX y primera mitad del XX, carente del mínimo rigor metodológico y que no busca la construcción científica de la Historia sino la simple acumulación de datos, la mayor parte de las veces anecdóticos? La *Historia* como ciencia no es un discurso de acontecimientos, enumerados y enlazados con un hilo conductor que les hace comprensibles y asimilables al lector, su carácter científico se asienta, en buena medida, en las hipótesis del historiador y en su bagaje teórico y metodológico.

II. Prehistoria, arqueología, tipología: tradición y ruptura

II.a. Prehistoria y Metodología arqueológica

El desarrollo de los estudios prehistóricos al mismo tiempo que acababa con la ecuación *Arqueología* igual a *Arqueología del mundo antiguo clásico*, creaba otro binomio no menos erróneo, el formado por la asimilación de la Prehistoria con la Arqueología, entendida ésta, ahora, como *Corpus* metodológico. Las culturas prehistóricas quedaron asimiladas a los materiales recuperados, llegando a convertirse de hecho la Prehistoria en la sistematización de objetos, su catalogación, ordenación jerárquica, datación y establecimiento de unas redes de paralelismos formales en el tiempo y en el espacio. La metodología arqueológica y, en especial, la Tipología llegó a enmascarar los verdaderos objetivos de nuestra disciplina. Situación reconocible en ejemplos, ya clásicos, como las denominaciones *Cultura megalítica* o *cultura campaniforme*, en las que la *cultura* de una comunidad se define sobre la base de la identificación de uno de sus elementos materiales más significativos. No es necesario insistir en este punto, aunque sí merece la pena explorar un poco en sus posibles raíces ya que no obedece a algo accidental.

Entre sus causas se ha señalado que la base documental para la reconstrucción de las comunidades prehistóricas es básicamente la arqueológica. Pero tan importante como esto ha sido el desarrollo de la historiografía occidental del siglo XIX y parte del XX, sobre la base de una corriente que obedece a unas pautas metodológicas asentadas en el empirismo positivista, la erudición, y donde el planteamiento de la Historia es narrativo, de los acontecimientos.

Esta visión historiográfica se impone en occidente entre 1850-1950 aproximadamente, coincidiendo con el nacimiento y primeros pasos de la Prehistoria como Ciencia. Trae un enorme desarrollo de la erudición, exhumación de documentos, publicación de las fuentes, etcétera, y sus objetivos no eran otros que lograr una supuesta "imparcialidad" y "objetividad", que es en realidad una asepsia formal, que

nada tiene que ver con la interpretación objetiva de los datos sino, más bien, con su simple enumeración, siguiendo un discurso lógico.

Estamos ante los fundamentos ideológicos que alimentaron la visión de la Prehistoria como la recogida y sistematización de objetos; en la misma línea que la llamada *Historia* recogía y relataba documentos escritos. La narración de sucesos, batallas, fechas y reinados se convierten, en nuestra disciplina, en interminables listas tipológicas cargadas de dos valores esenciales: el cronológico y el supuestamente cultural. A falta de narraciones de los acontecimientos como las crónicas, las culturas prehistóricas se reducen a un conjunto más o menos coherente de objetos y monumentos y a sus paralelos formales.

De igual modo que el positivismo historicista, que no la *Historia*, reducía ésta a acontecimientos que se sucedían en el tiempo, identificando *hechos con realidad histórica*, la Prehistoria pasó a convertirse en una serie de asociaciones tipológicas, las cuales no sólo cumplían la función de caracterizar la cultura sino que servían, mediante el análisis evolutivo de los tipos, para enmarcar cronológicamente aquella. Lo que a su vez proporcionaba las pautas necesarias para conocer la concatenación de los acontecimientos. La Tipología se convierte de este modo en el fin último del prehistoriador, al considerarse los *restos arqueológicos* como la *realidad arqueológica*, cuando aquellos sólo son sus simples indicadores (LULL, 1988: 65).

A partir de los años treinta de este siglo aquella visión de la Historia entra en crisis. Se abre un debate, relanzado y acelerado a partir de la década de los sesenta del que no queda al margen nuestra disciplina. Pensemos que es precisamente en esos años cuando toma cuerpo la *New Archaeology*.

En los sesenta hay un definitivo agotamiento de las corrientes positivistas en los estudios históricos, abriéndose paso postulados innovadores basados en planteamientos socio-económicos, sistematizaciones matemáticas, y otras. Esta realidad ha sido muy bien retratada por Fontana, en cuyas palabras podemos apreciar los cambios que han afectado a la investigación histórica, en general, y en las que vemos reflejada vívidamente la situación por la que han pasado los estudios de Prehistoria.

“Al proceso de destrucción de las bases teóricas de la Historia había de acompañar el de su reconstrucción sobre nuevos fundamentos. Había que crear una nueva Historia acorde con las nuevas exigencias de los tiempos, que ya no toleraban al viejo narrador que se dedicaba a poner sus hechos en orden cronológico para contar batallas o glosar la vida de virtuosas princesas. Ya se ha dicho que la reconstrucción se hizo sobre la base de tomar en préstamo el utillaje teórico de otras disciplinas sociales, y esencialmente de la Sociología, Antropología y Economía, aunque también se diese una mezcla de elementos tomados de éstas con otros de la Geografía, Climatología, Biología, etc. (1982: 168).

En Prehistoria y Arqueología, los vientos renovadores de los sesenta incorporan corrientes como la Arqueología analítica, la Ecología cultural, o la *New Archaeology*. Desde entonces, el progreso de nuestra ciencia ha sido continuo tanto desde el punto de vista teórico como metodológico. La discusión ha sido constante y fecunda, llevándose a cabo una auténtica redefinición conceptual. Si bien, la Arqueología clásica,

en comparación con la prehistórica, ha quedado un tanto al margen de estos debates (SNODGRASS, 1985 y 1990).

En el marco de este espíritu renovador, unos sectores se volcaron en la utilización de métodos procedentes de otras ciencias. En especial de las Ciencias Naturales y Exactas que, desde una óptica positivista, resultan más tangibles y susceptibles de verificar sus resultados que las Ciencias Sociales. El fuerte impacto de la aplicación de los métodos físico-químicos de datación, de análisis de flora, fauna y otros en la Arqueología de campo y Laboratorio no es ajeno a esta situación. Los años sesenta y setenta son su momento álgido y han quedado fielmente recogidos en libros como el de Brothwell y Higgs, *Ciencia y Arqueología* (1963: 80), donde se expone toda la amplia gama de posibilidades que ofrecen al arqueólogo las Matemáticas, Geografía, Física o Biología. Estos métodos que sin duda han supuesto un enorme enriquecimiento de las bases de datos que utilizamos sería, sin embargo, erróneo identificarlos con el objeto de la Prehistoria, algo en lo que cayeron algunos profesionales de la época. Sólo hay que recordar el sinfín de memorias de excavación en las que los resultados de los análisis de laboratorio se añadían como apéndices a las listas tipológicas, recibiendo el mismo tratamiento de *suma de datos*, sin una interpretación global.

Paralelamente, las matemáticas se hacían imprescindibles. Prueba de ello es la Arqueología analítica de Clarke (1969), a quien se deben avances significativos en cuanto al empleo de la estadística y la clasificación de los objetos, o en el desarrollo de los principios de la Arqueología Espacial. Métodos que no siempre han demostrado su eficacia si no han estado respaldados por una Teoría General de la Historia. El problema surgía, esta vez, de que el empirismo dominante suponía que los datos arqueológicos unidos a los estadísticos tenían la categoría de hechos culturales (ver FONTANA, 1982: 115; KLEJN, 1980: 271; MARTIN DE GUZMAN, 1984: 40; RUIZ, MOLINOS, y HORNOS, 1986: 43).

Otros investigadores, sobre todo anglosajones, prefirieron la Biología y la Ecología, convirtiendo la presión ecológica en determinante del cambio cultural y las respuestas humanas o innovaciones tecnológicas en una suerte de mutaciones de adaptación al medio (BRAY, 1973: 73). En una línea en la que ya en los ochenta Boserup (1984) planteaba el cambio social. Este, sería una constante histórica: los cambios en la densidad demográfica originan cambios tecnológicos, que son la base del cambio social; teniendo en cuenta que el desarrollo tecnológico es, a su vez, una técnica de adaptación al medio (RUIZ, MOLINOS y HORNOS, 1986: 41).

No es mi intención hacer una revisión exhaustiva de todas las corrientes de los últimos años. Existen obras específicas sobre el tema más documentadas (HODDER, 1988; VILA, 1991; TRIGGER, 1992). No obstante, era necesario este pequeño repaso para comprender mejor la nueva conceptualización tanto de nuestra área de conocimiento como de la Arqueología, sobre las que se cernían cierta confusión en sus contenidos y límites.

En cuanto a la *Arqueología*, según Bianchi-Bandinelli (1970) su fin es la reconstrucción de la historia de los documentos materiales de una cultura. Reconstrucción que debe colocarse, con igual peso, junto a los datos históricos derivados de las fuentes literarias. Este autor pone el énfasis en la recuperación y estudio de la denominada *Cultura material*, término de enorme repercusión acuñado por la historiografía

italiana que se aparta de aquella idea reduccionista que entendía la Arqueología sobre la base de criterios cronológicos o culturales (Arqueología es *igual* a Arqueología clásica grecorromana); para concebirla como una globalidad, una Ciencia que posee una Metodología y una Teoría que le son propias, y que son precisamente en las que hoy se hace el mayor hincapié: *la reconstrucción de la historia de los documentos materiales de una cultura*.

En España también podemos apreciar como se ha producido este salto cualitativo, en especial en la dicotomía Arqueología frente a Prehistoria. Una de las opiniones más claramente expresadas en su momento fue la de Vicent (1985: 65):

“Debemos entender por Arqueología la sistemática de la cultura material, entendiendo por sistemática procedimientos adecuados para la creación de conjuntos de unidades desarrolladas a partir de un sistema lógico y con un finalidad específica. Por su parte debemos entender por Prehistoria la ciencia teórica de la cultura. La Prehistoria como ciencia teórica y sintética se mueve en el ámbito máximo de la generalidad. A ella competen el establecimiento de las grandes categorías histórico-culturales referidas siempre a macrofenómenos. Por su parte, la Arqueología no debe trascender el nivel que le es propio: la elaboración del registro arqueológico que sea la base de las deducciones de la Prehistoria”.

“La diferencia entre ambas concierne a sus presupuestos epistemológicos. Ambas comparten un mismo objeto formal, los restos materiales de los grupos humanos del pasado. Difieren, sin embargo, en sus objetivos teóricos. Tal distinción está basada en el diferente significado que para ambas encierra el término cultura”.

Estas definiciones entienden la *Arqueología* como *registro arqueológico*, como recuperación de los restos de la cultura material para la reconstrucción del pasado. Sin embargo, otros autores también a comienzos de la pasada década iban más allá:

“El objeto de la Arqueología es el estudio de las formaciones económico-sociales del pasado, de la evolución del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de las mismas, y de la complejidad de las relaciones de producción, en cada estadio por el que atraviesa la formación socio-económica estudiada” (ESTEVEZ *et alii*, 1984: 28).

Al subrayarse aquí el estudio de las formaciones sociales, se opta por una asimilación entre los objetivos de la Historia² y de la Arqueología, con lo que se abre una nueva discusión³, pues si admitimos que la Arqueología es una ciencia que forma parte de la Historia, los objetivos de aquella no deben separarse de los de ésta. Especialmente, en el caso del prehistoriador, dadas las circunstancias particulares de nuestra disciplina, en la que la fuente documental *sine qua non* es la arqueológica. De donde surge un nuevo interrogante, ¿existe alguna diferencia sustancial entre el prehistoriador y el arqueólogo prehistoriador?

2. Al menos desde la óptica del materialismo histórico.

3. Para ver como discurre esta cuestión en el debate científico español: V. Lull, *La Prehistoria en la teoría arqueológica en el estado español*, 1991.

Más autores se han expresado en la misma línea recientemente: la superación de la Arqueología como recuperación y análisis de los datos de campo y laboratorio, poniendo el énfasis en la elaboración y contrastación de hipótesis y en la interpretación (QUEROL y MARTINEZ, 1996: 34; FERNANDEZ, 1990: 11).

II.b. La Tipología.

Ni siquiera la Tipología ha quedado al margen del debate. Si la Prehistoria ha dejado de ser exclusivamente descriptiva, con la Tipología ha ocurrido otro tanto al incorporar atributos que ya no son sólo morfológicos. Ejemplos los tenemos en las tipologías funcionales. La clasificación de Binford entre artefactos técnicos, socio-técnicos e ideotécnicos, o el establecimiento de las variaciones funcionales de los artefactos según su uso específico y el contexto social (BINFORD, 1965: 200) son buen reflejo de ello. Como también lo son los trabajos de Flannery (1976) y Wells (1984) quienes optan por una directriz semejante, por la que los tipos se establecen no por su forma geométrica sino por su uso cotidiano o suntuario; o por su supuesta funcionalidad, según se documenten en hábitats, necrópolis o santuarios. Los rasgos formales y técnicos (decoración, etc.), que conformaban la base tradicional de la clasificación tipológica, ceden ante otro tipo de atributos que tienen que ver con los contextos económicos, sociales o ideológicos con los que entroncan los objetos.

A través de esta opción llegamos a la corriente materialista en la cual los tipos llevan implícitos datos sobre la infraestructura económica al actuar bien como *productos* bien como *medios de producción*, mediante los cuales podemos afrontar el estudio del trabajo productivo y de las *relaciones de producción* en las cuales se realiza históricamente ese trabajo (CARANDINI, 1984: 48).

“La disposición/deposición del producto (artefacto) conlleva la posibilidad de analizar el hecho tecnológico del proceso de trabajo. En una palabra es el nivel arqueológico donde es posible estudiar las relaciones técnicas de producción. La tecnología al inscribirse en el marco de la estructura económica convierte al artefacto en efecto de un proceso de trabajo en el que hay que distinguir su valor de uso. El artefacto pasa con ello a estar históricamente determinado por las relaciones técnicas de producción... para abrir un nuevo modo de análisis por el que no es la atenta observación de la punta de flecha o la cerámica la que lleva a obtener el conocimiento sobre el sector económico, la obtención de materias primas o el medio ambiente, sino una rígida documentación contextual y una matriz teórica adecuada (RUIZ, MOLINOS, NOCETE y CASTRO, 1986: 67).

III. La prehistoria en el ámbito de las ciencias sociales

III.a. Antropología, Prehistoria e Historia.

Los estrechos lazos entre la Antropología y la Prehistoria cuentan con una larga tradición, habiéndose utilizado la analogía antropológica desde los mismos orígenes de los estudios prehistóricos. Unas veces para la interpretación de ciertos útiles y técnicas de producción y otras para la comprensión de formas de comportamiento económico y social. El uso de la analogía, que se puede definir como el traslado de

información de un *objeto* a otro sobre la base de una cierta relación o comparación entre ellos, ha sido criticada en ciertos momentos y por ciertos autores. Sobre todo la analogía formal ya que puede deberse a una situación accidental, o ser pequeño el grado de semejanza, o estar insuficientemente probada (HODDER, 1982: 16).

En los años setenta y ochenta, cuando entre buena parte de los prehistoriadores reinaba cierto desconcierto dentro y fuera de nuestro país, provocado por el proceso de cambio teórico, metodológico y de auténtica redefinición de nuestra disciplina, se hizo un uso abusivo del método. Se pretendía dar respuesta a todo problema con el que se topara. Era frecuente encontrar obras justificando o rebatiendo temas como *la consideración social* del metalurgista, del alfarero, u otros trabajadores especializados, haciendo derivar el estudio de la *organización social del trabajo*, a la esfera superestructural de la *consideración social*, que lógicamente cada pueblo plasma de una manera diferente. Temas como el artesanado a tiempo parcial o completo, se han analizado no desde el punto de vista de la incidencia que esa situación concreta puede tener en la organización social del trabajo de una comunidad prehistórica, sino convirtiéndolo en una mera cuestión de *tiempo empleado en el desarrollo de una actividad laboral*, como un aspecto más de la reconstrucción de las formas de vida cotidiana en la Prehistoria, de la *microhistoria* de la Prehistoria, cuya operatividad y valor habría que calibrar.

En cualquier caso, la investigación prehistórica española actual se encuentra dividida entre aquellos que optan por la Prehistoria como Historia y aquellos que lo hacen por la Antropología social o cultural; debate de contenidos en el que la incidencia de las escuelas americanas adquiere gran relieve. Los orígenes de la visión antropológica se encuentran en la especial configuración de la investigación norteamericana, en la que se da una confusión por la cual la *Historia* es la reciente Historia de los blancos desde el siglo XVII, en contraposición con la *Prehistoria / Arqueología / Antropología* aborígen de los indios (HERNANDO, 1987: 47). Falta allí la continuidad de la construcción histórica europea, que fundamenta sus bases en un devenir de los pueblos, ininterrumpido, desde la Prehistoria hasta nuestros días. Continuidad que no se da en los Estados Unidos, donde no existe el nexo de unión entre la población autóctona y la colonización blanca (GILMAN, 1988: 51). No es extraño pues que sea un estadounidense quien siente los principios de la *New Archaeology* (BINFORD, 1962).

Es incuestionable que Prehistoria y Antropología estudian formaciones sociales primitivas y, por tanto, algunos de sus objetos de análisis son comunes. Sin embargo, la cuestión no reside únicamente en el hecho de qué estudia la Prehistoria, sino en el de cómo lo hace. El antropólogo investiga formas de vida *primitivas* actuales desde los parámetros del presente, en un momento cronológico preciso, sin advertir cambios sustanciales en las estructuras sino cómo estas se encuentran formalmente estabilizadas en un período de tiempo corto. Por el contrario, aquel que investiga comunidades prehistóricas lo hace con el bagaje de siglos de cultura, sobre los restos que dejaron sus propios creadores sin contaminaciones actuales, y con la visión retrospectiva que proporciona el conocimiento de los cambios estructurales a largo plazo, anteriores y posteriores al momento cronológico que se analiza. Esta es la visión histórica. En palabras de Carandini, la diferencia entre el historiador y el antropólogo es

que el primero estudia la sociedad con la perspectiva plurisecular de su desarrollo, mientras el segundo conoce cambios no superiores a unos pocos años (1984: 88).

No es mi intención, descalificar la Antropología como apoyo esencial de la Prehistoria. Sería absurdo no reconocer sus grandes aportaciones a los estudios sobre las bandas de cazadores-recolectores del Paleolítico; sobre el proceso de neolitización y las formas de vida campesina; sobre el surgimiento de las élites y la jerarquización social; o sobre la formación de los estados arcaicos. Sin los conocimientos de la Antropología actual difícilmente podríamos proponer hipótesis socio-económicas sobre las poblaciones prehistóricas. Sin embargo, además de las razones expuestas en el párrafo anterior, de entre las cuales hay que destacar la que se refiere a la visión retrospectiva de los cambios estructurales a largo plazo, habría que tener en cuenta otras.

Los avances teóricos y metodológicos que se están produciendo en las Ciencias Sociales son tan profundos, constantes y generalizados que se está llegando a un punto en el que los objetos de cada una de las áreas de conocimiento, definidas en el siglo XIX o con anterioridad, se están solapando en parte y redefiniendo en otra. A causa de la interdisciplinariedad, por un lado, pero también por la necesidad de adaptarse a las nuevas necesidades sociales y a las nuevas demandas de la investigación y de la sociedad postindustrial de fines del siglo XX. Un antropólogo inmerso en el campo de la Antropología aplicada, pudiera confundirse con un sociólogo. Un historiador de la Antigüedad o de la Alta Edad Media necesita la Arqueología y la Antropología al mismo nivel que las fuentes escritas. Los momentos más antiguos de la Prehistoria no se pueden comprender sin acudir a la Paleontología, Primatología o a la Geología, pero la comprensión de las formaciones sociales del final de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro europeas se nos escaparía si no conociéramos aquellas formaciones sociales antiguas que escribieron y tuvieron un recuerdo mítico sobre su propio pasado *prehistórico*.

Podríamos decir de una manera simplificada que en la Historia de la Humanidad cuanto más atrás en el tiempo más necesario se hace recurrir a las Ciencias Naturales y la Antropología, pero cuanto más cerca estamos del final de los tiempos prehistóricos, cuando contamos con un sin fin más de datos arqueológicos e incluso alguna documentación escrita, el discurso se va haciendo *más histórico*⁴. He señalado la palabra *más* por tener en cuenta la actual situación de interdisciplinariedad y el solapamiento de parte de los objetos de estudio de las Ciencias sociales, y por querer tender a una visión abierta de la cuestión que evite zanjar el problema de manera sectaria en cuanto a la Antropología se refiere.

Dos grandes prehistoriadores ligados al materialismo histórico, Childe y Klejn, han considerado que la Prehistoria es una ciencia que se construye mediante la integración de los datos de la Arqueología, la Etnología, las fuentes escritas y otras ciencias, para reconstruir el pasado histórico y revelar la ligazón causal de los hechos históricos; y que la Prehistoria debiera ser la síntesis de la arqueología prehistórica, la Antropología, la Filología, etcétera (en ESPARZA, 1996: 22).

4. Entendiendo histórico como análisis diacrónico de los cambios y transformaciones socio-económicas a corto, medio y largo plazo.

III.b. Nuevos-viejos dilemas.

En el presente ¿qué validez tiene intentar definir y universalizar el término *Prehistoria*, que tiene unos contenidos que son variables según las diferentes tradiciones investigadoras, académicas y las distintas circunstancias en las que surgen y se desarrollan los estudios de las sociedades primitivas desaparecidas, en cada continente, así como las distintas escuelas por las que puede optar un prehistoriador? Por otro lado, la Prehistoria como cualquier otra ciencia social no es un conocimiento *inocente*, por lo que nunca serán lo mismo su concepto y contenidos para un seguidor del materialismo histórico que para el tipologista de la tradición francesa o alemana. Cada uno tiene el suyo propio, que les diferencia y les identifica ante el resto de la disciplina.

Por otro lado, la Prehistoria nace hace más de siglo y medio concebida como una *Era*, la de las culturas anteriores a la *Historia*, y como una Ciencia autónoma, cuando no diferente de la Historia. No obstante, seguimos utilizando aquella terminología, si bien cada vez más conscientes de su carácter convencional, como producto de la tradición positivista del siglo XIX. No sería de extrañar que en los próximos años lleguemos a la situación de continuar manteniendo los antiguos términos sólo por una cuestión de tradición disciplinar que no se puede romper sin un consenso general, por una mayor claridad en la enseñanza de la Historia, y por la necesidad de una ubicación profesional de los estudiosos del conocimiento histórico.

IV. A modo de conclusión

Tras lo expuesto, quisiera reivindicar la Prehistoria para el campo de la investigación histórica con unos contenidos que se pueden resumir en lo siguiente:

1) La Historia es una ciencia en la que los diferentes aspectos de la cultura no están dispersos, ni pueden abordarse como compartimentos estanco (economía, sociedad, ideología), sino que son reflejo de una globalidad coherente que adquiere cohesión y significado en el momento en que todos sus componentes están perfectamente interrelacionados, constituyendo una unidad compleja en la que cada elemento está enlazado, relacionado y actúa de una manera recíproca con los demás. Según Ayala (1988: 13), se forma un todo orgánico, jerarquizado, en el que unos aspectos no pueden tratarse desmesuradamente ni otros quedar relegados.

2) Las *ideas* y los *individuos* se hallan inmersos en un todo social. Si su papel en la *Historia*, en el análisis de los procesos de cambio a medio y largo plazo, es difícil de abordar aún moviéndonos en el terreno de la documentación escrita, es prácticamente imposible a partir de la documentación arqueológica, y lo que es más importante: es irrelevante. No por ello se ha de caer en el absurdo pensamiento de las *masas* devoradoras de supremos espíritus individuales, pero sí hemos de prescindir de la incidencia determinista del personaje, uno y primo, en los cambios estructurales.

“la investigación histórica es... el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras -es decir, las modificaciones espontáneas de los hechos sociales- a la sucesión de los acontecimientos en los que intervienen los individuos y el azar, pero con una eficacia que depende siempre, más o menos a largo plazo, de la adecuación entre estos impactos discontinuos y las tendencias de los hechos sociales” (P. Vilar, en FONTANA, 1982: 245).

3) La Historia ha de construirse sobre una base socio-económica. No desde el supuesto de una economía determinante sino como ordenadora de unas relaciones de producción específicas en las que quedan encuadrados los grupos humanos, según su posición respecto a la producción y entre ellos entre sí. La economía no es sólo un mecanismo de intercambio, un proceso laboral abstracto, físico, entre el hombre y la naturaleza. No son la producción ni las condiciones materiales, sino el *modo de producción*, el que determina cuál de los varios niveles presentes en las formaciones sociales, el económico, el político o el ideológico debe desempeñar el papel principal (CARANDINI, 1984: 277).

4) El concepto de *modo de producción* introduce el principio de que la economía no está disociada de las relaciones sociales, ni éstas lo están de las relaciones técnicas, ideológicas o políticas. Todo está íntimamente interrelacionado y provisionalmente estabilizado. Esa provisionalidad significa que no existe un *modo de producción* inmutable (VILAR, 1974: 20). En palabras de Gilman (1988: 52): *cada sistema tiene fuentes internas de tensión que le mueven al cambio mediante la resolución de sus propias contradicciones*.

5) Las antiguas escuelas y sus concepciones pervivirán, muchas veces remozadas, porque es una forma más de perpetuación del sistema ideológico y de enseñanza dominantes. Esto debiera provocar, en respuesta, un compromiso en la transmisión de la enseñanza y en el enfoque de nuestras investigaciones, y consecuentemente la búsqueda de los mejores conceptos y contenidos, que probablemente sean también aquellos más objetivables, aquellos que nos acerquen más y mejor a la Historia del Hombre que, en cualquier caso, nunca serán ni el positivismo descriptivo-tipológico, ni el neopositivismo analítico, ni el idealismo postprocesual.

Bibliografía

- AYALA, F., 1988. *Introducción a las Ciencias Sociales*, Madrid.
- BIANCHI-BANDINELLI, R., 1984. *Introducción a la Arqueología clásica como Historia del Arte antiguo*, Madrid.
- BINFORD, L., 1965. "Archaeological systemics and the study of the cultural process": *American Antiquity* 31, 203-242.
- BINFORD, L., 1982. *In pursuit of the past. Decoding the archaeological record*, Londres.
- BOSERUP, E., 1984. *Población y cambio tecnológico*, Barcelona.
- BRAY, W., 1973. "The biological basis of culture", en Renfrew (ed.) *The explanation of cultural change*, Londres.
- BROTHWELL, D. y HIGGS, E., eds. 1980. *Ciencia y Arqueología*, Madrid.
- CANO, M. et alii 1984. *Manual de Historia Universal. Volumen I. La Prehistoria*, Madrid.
- CARANDINI, A., 1984. *Arqueología y cultura material*, Barcelona.
- CLARK, G., 1981. *La Prehistoria*, Madrid.
- CLARKE, D.L., 1984. *Arqueología analítica*, Barcelona.

- CLERMONT, N. y SMITH, Ph., 1990. "Prehistoric, Prehistory, Prehistorian. Who invented the terms?", *Antiquity*, 64, Oxford, 168-189.
- CHAPA, T., 1993. *Las claves de la Prehistoria*, Barcelona.
- DANIEL, G., 1968. *El concepto de Prehistoria*, Barcelona.
- ESPARZA ARROYO, A., 1996. "Pie a tierra: por la distinción entre la prehistoria y la arqueología", *Homenaje al Profesor M. Fernández-Miranda*, vol.II, Madrid, 13-34.
- ESTEVEZ, J. et alii 1984. "La investigación en Prehistoria: estado de la cuestión", *I Jornadas de Metodología e Investigación Prehistórica*, Soria, 1981, Madrid, 145-164.
- FERNANDEZ, V., 1990. *Teoría y método en Arqueología*, Madrid.
- FLANNERY, K.V., 1976. *The early mesoamerican villages*, Londres.
- FONTANA, J., 1982. *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona.
- GILMAN, A., 1988. "Enfoques teóricos en la Arqueología de los ochenta", *Revista de Occidente*, 81, Madrid, 36-54.
- HERNANDEZ, F., 1994. *Manual de Museología*, Madrid.
- HERNANDO, A., 1987. *Evolución interna y factores ambientales en la interpretación del Calcolítico del Sureste de la península Ibérica. Una revisión crítica*, Madrid.
- HODDER, I., 1982. *The present past*, Londres.
- HODDER, I., 1987. "La arqueología de la era postmoderna", *Trabajos de Prehistoria*, 44, Madrid, 26-38.
- HODDER, I., 1988. *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Barcelona.
- KLEJN, M., 1980. "Panorama de l'Archéologie théorique", en G. Schnapp ed., *L'Archéologie d'aujourd'hui*, París, 178-197.
- LEROI-GOURHAN, A., 1988. *Dictionnaire de la Préhistoire*, París.
- LULL, V., 1988. "Hacia una teoría de la representación arqueológica", *Revista de Occidente*, 81, Madrid, 56-66.
- LULL, V., 1991. "La prehistoria de la teoría arqueológica en el estado español", en *Arqueología: nuevas tendencias*, A. Vila ed., Madrid, 56-70.
- MARTIN DE GUZMAN, C., 1984. "Nociones epistemológicas y arqueología prehistórica", *I Jornadas de Metodología e Investigación Prehistórica*, Soria, 1981, Madrid, 256-268.
- MARTINEZ NAVARRETE, M.I., 1989. *Una revisión crítica de la Prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*, Madrid.
- MOBERG, C., 1987. *Introducción a la Arqueología*, Barcelona.
- PLACIDO, D., ALVAR, J. y GONZALEZ WAGNER, C., 1991. *La formación de los estados en el Mediterráneo occidental*, Madrid.
- QUEROL, M.A., 1997. "El concepto de Arqueología para la sociedad española del siglo XX/XXI", en *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, 357-368.

- QUEROL, M.A. y MARTINEZ NAVARRETE, M.I., 1994. "La actividad arqueológica en España. Una cuestión pendiente", *6 Coloquio hispano-ruso de Historia*, Madrid, 184-192.
- QUEROL, M.A. y MARTINEZ, B., 1996. *La gestión del Patrimonio Arqueológico en España*, Madrid.
- SNODGRASS, A. 1985. "The New Archaeology and the classical archaeologists", *American Journal of Archaeology*, 89, Boston, 56-73.
- SNODGRASS, A., 1990. *Arqueología de Grecia. Presente y futuro de una disciplina*, Madrid.
- TRIGGER, A., 1992. *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona.
- VICENT, J., 1985. "Un concepto de metodología. Hacia una definición epistemológica de Prehistoria y Arqueología", en *II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Prehistoria*, Cáceres, 202-214.
- VILA, A., ed. 1991. *Arqueología. Nuevas tendencias*, Madrid.
- VILAR, P., 1974. *Historia marxista, Historia en construcción*, Barcelona.
- WATSON, P. et alii 1971. *El método científico en Arqueología*, Madrid
- WELLS, P.S., 1984. *Farms, villages and cities*, Cornwell.